CAPITULO VI

EL PLACER POR LA AMISTAD.

Los habitantes de Tumbez se habian acumulado en la playa, y estaban contemplando con inesplicable asombro el castillo flotante que, habiendo echado el ancla, se balanceaba muellemente en las aguas de su puerto.

Al dia siguiente el capitan español envió á uno de los suyos llamado Alonso de Molina, á tierra,

acompañado por un negro que habia venido en el buque de Panamá, con un regalo para el curaca, compuesto de cerdos y gallinas, que no eran animales indígenas del Nuevo Mundo. Por la tarde volvió su emisario con nuevas provisiones de frutas y vejetales que el pueblo amigo enviaba á los extranjeros.

La sorpresa del pueblo fué estraordinaria al contemplar el color de su oscuro compañero. No podian creer que fuese natural, y trataban de quitarle el tinte imaginario haciéndole que se lavase. Como el africano sufria todo esto con buen humor, desplegando al mismo tiempo sus blancos dientes, se divirtieron mucho.

EMBAJADA DE ALONSO DE MOLINA

Acompañaron luego á Molina á la residencia del curaca, que vivia con gran lujo, con porteros que

custodiaban sus puertas, y con una gran cantidad de vasijas de oro y plata en que le servian de comer. Despues lo llevaron á diferentes puntos de la ciudad india, y vió entre otras cosas una fortaleza construida con piedras sin labrar, que aunque baja, cubria una gran estension de tierra. Cerca de esta habia un templo, y la descripcion que hizo el español de sus adornos de oro y plata pareció tan estravagante, que Pizarro, desconfiando de su relacion, resolvió enviar al dia siguiente un emisario mas discreto y mas digno de confianza.

Habiendo ya recogido todas las noticias necesarias para sus fines, Pizarro despues de despedirse de los naturales de Tumbez y prometerles que pronto volveria, se dió á la vela, y prosiguió su rumbo hácia el Sur.

Refugio Juarez

DESEMBARCO EN PAITA Y OFRECIMIENTO DE SUS HABITANTES

Navegando siempre lo mas cerca posible de la costa, para que no se le escapase ningun punto

importante, dobló el cabo Blanco, y despues de recorrer como un grado y medio, entró en el puerto de Paita. Los habitantes, que tenian noticia de su llegada, salieron en sus balsas á contemplar á los maravillosos extranjeros, y á llevarles frutas, pescados y vejetales con el mismo espíritu de hospitalidad que habian manifestado sus compatriotas de Tumbez.

Siguiendo siempre su derrotero hácia el Sur, pasó Pizarro por la altura del punto en que habia de existir la floreciente ciudad de Trujillo, fundada por él mismo pocos años despues, y llegó al puerto de Santa.

VUELTA EN PANAMA

Habiendo llegado ya á cerca de los nueve grados de latitud Sur, los compañeros de Pizarro le suplicaron que no prosiguiese el viaje mas allá. Bas

tante y mas que bastante se habia hecho, decian, para probar la existencia y señalar la posicion de un gran imperio indio que habian estado buscando durante tanto tiempo. Pero con sus escasas fuerzas no podian aprovecharse del descubrimiento. Todo pues, lo que les quedaba por hacer, era volverse y manifestar al gobernador de Panamá el buen éxito de su espedicion. Pizarro cedió á tan justa demanda. Ya habia adelantado diez grados mas que todos los navegantes anteriores en estas mares del Sur, y en lugar del triste aspecto que hasta entonces habia presentado su suerte, calculaba que ya le era lícito volver en triunfo á referir lo hecho á sus compatriotas. Sin vacilar, pues, se preparó á volver por el mismo camino, y volvió á poner el rumbo al Norte.

ABRAZO FRATERNAL DE SUS COMPAÑEROS

Grande fué, como era de esperar, la sensacion que produjo su llegada. Pocos habia, aun entre los

mas optimistas de sus amigos, que no creyesen que habian pagado hacia poco tiempo su temeridad con la vida, ya perdiéndola á influjo del clima mal sano, ya por las flechas de los indios, ya en fin, en la silenciosa y vasta tumba del Océano. Su alegria fué pues grande en proporcion de su anterior abatimiento cuando vieron volver á los viajeros, no solo llenos de salud, sino con indudables noticias sobre los hermosos paises que tanto tiempo habian huido de ellos.

DESPRECIO DEL GOBERNADOR A LOS ESPEDICIONARIOS

Sin embargo, el gobernador Pedro de los Rios no parecia, ni aun en estas circunstancias, muy convencido de la magnitud del descubrimiento, ó quizás lo desanimaba su misma magnitud.

Cuando los socios, mas confiados ya, solicitaron su apoyo, respondió friamente, segun dice un historiador, que « no entendia de despoblar su go-

bernacion para que se fuesen á poblar nuevas tierras, muriendo en tal demanda mas gente de la que habia muerto, cebando á los hombres con la muestra de las ovejas, oro y plata que habian traido. »

Descorazonados con semejante repulsa del único punto de donde podian esperar un eficaz auxilio, los confederados, sin fondos, y casi exhausto su crédito con los esfuerzos anteriores, no sabian ya qué hacer. Y sin embargo, detenerse en este punto ¿qué otra cosa era sino abandonar la rica mina que ellos habian abierto con sus sacrificios y con su perseverancia para que otros la esplotasen á su favor?

PIZARRO Y LOS SUYOS RESUELVEN PEDIR AUSILIO A LA CORTE

En este estremo la fértil imaginacion de Luque propuso el único remedio aplicable á las circunstancias. Consistia este en apelar á la corona misma.

El eclesiástico opinó que se confiase la negociacion al licenciado Corral, funcionario público muy respetable, que estaba á punto de embarcarse para la madre patria á donde iba por asuntos de público interés. Pero á esto se opuso enérgicamente Almagro. Nadie, segun él, podia desempeñar tan bien la mision como la persona mas interesada en ella. El tenia una alta opinion de la prudencia de Pizarro, de su discernimiento, de la calma y de la reflexion con que juzgaba los negocios. Conocia lo bastante á su compañero para estar seguro de que no le abandonaria su presencia de ánimo, aun en las para él nuevas circunstancias en que se encontraria en la córte, y que por ser nuevas le serian embarazosas tambien. Nadie decia, podia referir la historia de sus aventuras con tan buen efecto como el hombre que en ellas habia hecho el primer papel.

Terminó Almagro su discurso con su franqueza característica estimulando enérgicamente á su compañero á que aceptase la mision.

Pizarro sintió toda la fuerza de las razones de Almagro, y aunque con franca repugnancia, accedió á una resolucion que era menos grata á su

gusto, que una espedicion á los desiertos. Pero Luque aceptó este arreglo con mas dificultad. «Plegue á Dios, hijos, esclamó el eclesiástico, que no os hurteis la bendicion el uno al otro, que yo todavía holgaria que á lo menos fuérades entrambos.» Pizarro se comprometió á mirar por los intereses de sus compañeros como por los suyos propios; pero es claro que Luque no confiaba ciegamente en él.

Algunas dificultades hubo para reunir los fondos necesarios á fin de que el enviado pudiera presentarse como convenia en la córte; tan bajo se hallaba el crédito de los socios, y tan poca confianza se tenia aun en los resultados de sus descubrimientos magníficos.

Por fin lograron reunirse mil y quinientos pesos de oro, y Pizarro, en la primavera de 1528, se despidió de Panamá, acompañado por Pedro de Candía. Llevóse consigo algunos de los indígenas y dos ó tres llamas, varios tejidos curiosos de lana, muchos adornos y vasos de plata y oro, como muestras de la civilizacion del país, y documentos que habian de comprobar la verdad de su maravilloso relato.

CAPITULO VI

EMBARQUE PARA LA METROPOLI

Pizarro y su oficial, despues de atravesar el Istmo, se embarcaron en Nombre de Dios para la metrópoli, y despues de un viaje muy bueno, llegaron á Sevilla á principios del verano de 1528. Sucedió que se hallaba entonces en aquel punto un hombre muy conocido en la historia de las aventuras de los españoles con el nombre del bachiller

Enciso; habia tenido parte muy activa en la colonizacion de Tierra Firme, y era acreedor de algunos de los primeros colonos de Darien, en cuyo número se contaba Pizarro. Inmediatamente que este desembarcó, prendiósele á solicitud de Enciso por el pago de la deuda. Pizarro, que habia huido de su país como un pobre aventurero, sin familia ni hogar, despues de una ausencia de mas de veinte años pasados casi todos en medio de padecimientos y trabajos sin ejemplo, se vió alojado en una cárcel á su vuelta.

Este era el principio de aquella carrera brillante que, segun lo pensaba él, le abria los brazos en su país.

Este hecho causó una indignacion general; y apenas supo la córte su llegada á la Península, y el gran objeto de su mision, cuando se despachó la órden para que se le pusiera en libertad, con permiso de proseguir inmediatamente su viaje.

Pizarro encontró al emperador en Toledo, de que debia salir muy pronto á fin de embarcarse para Italia.

PIZARRO RECIBIDO POR EL EMPERADOR CARLOS V

Pizarro, pues, que habia venido ahora á convencer el real ánimo con pruebas palpables de la verdad de los rumores sobre un país de oro que de cuando en cuando habian llegado á Castilla, fué recibido con suma condescendencia y bondad por el emperador. Carlos examinó muy minuciosamente los diferentes objetos que su súbdito le presentaba. Lo que le interesó especialmente fué el llama.

Pero las muestras de objetos de oro y de plata, y la historia maravillosa que referia Pizarro de la abundancia de metales preciosos, debieron satisfacer hasta las últimas exigencias del apetito real.

A pesar de la recomendacion del emperador, los

asuntos de Pizarro no salian de ese paso lento que es propio de toda clase de negocios en la córte de Castilla. Vió que sus escasos recursos poco á poco se iban agotando con los gastos que le imponia su posicion; é hizo presente que como no se adoptase pronto una determinacion relativa á su demanda, por favorable que aquella pudiese ser luego, seria demasiado tarde para él y ya no le seria lícito aprovecharse de sus ventajas.

CAPITULACION CON LA CORONA

La reina, por consiguiente, que se habia encargado del asunto cuando marchó su marido, lo despachó de una vez, y el 26 de Julio de 1529 se celebró la memorable *capitulacion* que indicaba y contenia los poderes y privilegios de Pizarro.

CAPITULO VII

REGRESO AL NUEVO MUNDO

Pizarro, se dió á la vela pasando la barra de San Lucar en enero de 1530, gobernó para la isla de la Gomera, una de las Canarias, donde mandó á su hermano Hernando, á quien confió los demás buques que se le reuniesen.

Despues de un viaje feliz, los aventureros llegaron á la costa del Norte del gran continente del Sur, y fondearon en el puerto de Santa María.

Poco despues de llegar á este punto vinieron á verlo sus dos socios, Luque y Almagro, que habian hecho el viaje al través de las montañas con el único objeto de saber de su boca misma y con toda exactitud los verdaderos pormenores de la capitulacion de la corona.

DISENSIONES CON ALMAGRO

Grande fué, como era de esperar, el disgusto de Almagro al saber el resultado de lo que consideraba como intrigas pérfidas de su compañero. «Así es, esclamó, como habeis tratado á un amigo que ha partido con vos todos los riesgos y todos los gastos de la empresa, y esto á pesar de habernos prometido solemnemente al marchar que mirariais por los intereses de vuestros socios como por los vuestros mismos. ¿Cómo habeis podido consentir en que así se me deshonre á los ojos del mundo con

tan miserable compensacion, que parece apreciar mis servicios como nulos comparados con los vuestros? »

Pizarro le contestó asegurándole que habia hecho lealmente toda clase de esfuerzos para satisfacer sus deseos, pero que el gobierno se habia negado á confiar á manos distintas facultades que tenian tantos puntos de contacto entre sí.

No habia tenido mas alternativa que aceptarlo todo para sí ó rehusarlo todo; y trató de mitigar el disgusto de Almagro diciéndole que bastante grande era el país para la ambicion de los dos, y que en realidad sus facultades le pertenecian lo mismo que á él, porque todo lo que Pizarro tuviese estaba á la disposicion de su amigo como si fuese cosa propia.

TERCERA ESPEDICION

El dia de San Juan Evangelista se bendijeron el estandarte real y la bandera de la compañía en la

iglesia catedral de Panamá, predicó un sermon en presencia del pequeño ejército Fr. Juan de Vargas, uno de los domínicos destinados á la mision del Perú, se celebró una misa, y se administró el sacramento de la comunion á todos los soldados que iban á tomar parte en la guerra contra los infieles. Invocada así solemnemente la bendicion del cielo en favor de su empresa, Pizarro y los suyos se fueron á bordo de sus buques, y en los primeros dias de enero de 1531, salió aquel hombre singular del puerto de Panamá á emprender su tercera y última espedicion para la conquista del Perú.

Su pequeña escuadra fondeó en el puesto de San Mateo. Aquí Pizarro, despues de consutarlo con sus oficiales, resolvió desembarcar sus fuerzas y seguir el viaje por tierra á lo largo de la costa.

La marcha del pequeño ejército fué escesivamente penosa; porque constantemente se hallaba cortado el camino por arroyos que, hinchados por las lluvias del invierno, se convertian en su embocadura en anchas lagunas. Pizarro, que ya tenia algun leve conocimiento del país, iba de guia y de comandante á un tiempo mismo. Siempre estaba dispuesto á prestar su auxilio donde se necesitaba,

estimulando á los suyos á que vadeasen ó pasasen á nado los torrentes como mejor pudiesen, y animando á los abatidos con el ejemplo de su alegría y de su indomable valor.

INVASION Y SAQUEO DE LAS ESMERALDAS

Penetrando en las desiertas chozas, los invasores encontraron, además de tejidos de varias clases y alimentos muy agradables en medio del hambre que estaban sufriendo, una gran cantidad de adornos toscamente trabajados de oro y plata, juntamente con muchas piedras preciosas; porque esta era la region de las esmeraldas, donde abundaban estas. Una de las esmeraldas que cayó en manos de Pizarro, era del tamaño de un huevo de paloma. Por desgracia sus ignorantes compañeros no conocian el valor de su presa, y destrozaron muchas piedras preciosas machacándolas á martillazos.

Pizarro, con su acostumbrada política, envió á Panamá una gran cantidad de oro, hasta el valor

nada menos que de veinte mil castellanos, suponiendo que á la vista de este tesoro tan rápidamente adquirido, se desvanecieran las dudas de los que vacilaban y los incitaria á reunirse á su bandera.

NUEVO REFUERZO

Los españoles en su marcha habian llegado ya hasta Puerto Viejo. Allí se les reunió otro pequeño refuerzo de unos treinta hombres, mandados por un oficial llamado Belalcazar, que posteriormente subió á grandes puestos y distincion en este servicio. Muchos de los compañeros de Pizarro hubieran deseado detenerse en este punto y establecer en él una colonia. Pero el jefe pensaba mas en conquistar que en colonizar, á lo menos en aquellos primeros tiempos, y se proponia, como primer paso, apoderarse de Tumbez, que consideraba como la puerta del imperio peruano.

Prosiguiendo por consiguiente su marcha hasta

las costas de lo que ahora se llama el golfo de Guayaquil, llegó al frente de la pequeña isla de Puná, situada no á gran distancia del puerto de Tumbez; y pensó que esta isla le ofreceria un punto conveniente para acampar hasta que lo tuviese todo dispuesto para apoderarse de la ciudad india.

Las disposiciones de los naturales parecieron ser muy favorables á su propósito. No hacia mucho tiempo que se encontraba en aquellos parajes, cuando una diputacion de los indígenas, presidida por el cacique, pasó al continente en sus balsas para invitar á los españoles á trasladarse á su territorio. Pero los intérpretes indios de Tumbez, que habian vuelto con Pizarro de España, y que seguian en su servicio, le dijeron que se pusiese en guardia contra la meditada traicion de los isleños, á quienes acusaron de querer deshacerse de los españoles cortando las cuerdas que sujetaban los maderos de las balsas y dejándolos asi perecer en las olas. Sin embargo, el cacique, cuando Pizarro lo acusó de haber meditado tan pérfido proyecto, lo negó con aire de tanta sinceridad é inocencia, que sin vacilar mas el español se confió á él con

los suyos, y todos fueron trasportados con seguridad completa á la isla.

Pero los intérpretes de Pizarro volvieron á ponerlo en guardia contra la perfidia proverbial de los isleños. Suscitadas ya sus sospechas, supo el comandante español que algunos jefes se habian reunido para deliberar sobre un plan de insurreccion. No queriendo esperar á que reventase la mina, rodeó el punto de reunion con sus soldados, y se apoderó de los jefes sospechosos.

Pizarro se convenció de que la conspiracion existia; y sin vacilar un instante, entregó sus desgraciados prisioneros, que eran diez ó doce, en manos de sus rivales de Tumbez, á quienes estaban muy lejos de inspirar compasion, y que por consiguiente los mataron en el acto en su presencia.

COMBATE Y HERIDA DE HERNANDO PIZARRO

Enfurecidos con este ultraje, los habitantes de Puná acudieron á las armas, y con furiosos gritos

y con las amenazas mas salvajes de la desesperacion, atacaron inmediatamente el campamento de los españoles.

No pasaron de tres ó cuatro los españoles que perecieron en este combate; pero hubo muchos heridos y entre ellos Hernando Pizarro, que fué herido de mucha consideracion en una pierna con una javelina.

En esta desagradable situacion Pizarro vió con gusto la llegada de dos buques á la isla. Estos traian un refuerzo que consistia en cien voluntarios y además caballos para la caballería. Mandábalos Hernando de Soto, capitan que adquirió mucha celebridad posteriormente por el descubrimiento del Misisipi.

Este refuerzo fue muy oportuno y muy agradable á Pizarro, que estaba muy disgutado con su posicion en la isla, donde no hallaba nada que compensase la vida de hostiliddad á que se veía condenado.